

Violencia e historia en el siglo XXI

Francisco Prieto

El Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad que encabeza Javier Sicilia ha convocado a múltiples fuerzas sociales de diversa raigambre pero con una intención clara: frenar la violencia y devolver a la gente la capacidad de decidir. Francisco Prieto analiza la gesta del poeta ya desde la perspectiva nacional como en el contexto internacional —los “indignados” españoles, las revueltas en Inglaterra, las revoluciones en Medio Oriente y norte de África— y propone la compasión cristiana, el amor al prójimo, como fuerzas capaces de afrontar los peligros que aquejan a nuestro país.

Un fenómeno nuevo ha aparecido en México. Es un movimiento ciudadano que procura el retorno a la pequeña comunidad, a la fraternidad desde la diferencia, a la construcción de la paz, pero una paz que no sería ya la paz impuesta del César romano. Un movimiento que no quiere caudillismos, que busca rebasar los partidos, reencontrar el sentido religioso más profundo: lo que no está unido desde un principio, no lo estará jamás. Un movimiento de movimientos que se construye desde la poesía, que proclama la necesidad de consolarnos los unos a los otros, para emprender así el viaje hacia la instauración de la justicia pero una justicia fincada e inspirada en la caridad. La caridad que se fundamenta en los misterios de la Encarnación y de la Redención.

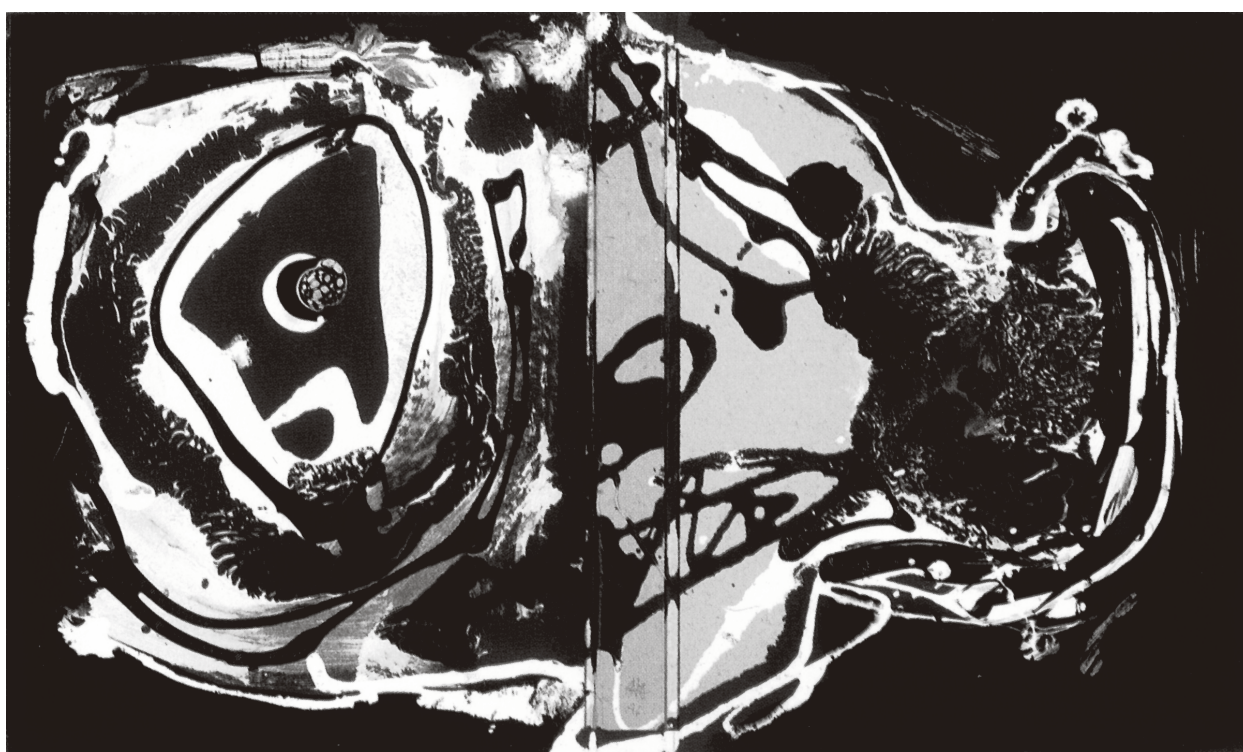
Así, de esa manera, el movimiento que recoge los anhelos más entrañables de los jóvenes de este mundo ha tomado vida en su versión mexicana asumida por un poeta cristiano, Javier Sicilia. El movimiento hacia una humanidad que haga el reino de la libertad, que rebase las formas opresivas, que dé lugar a una democracia inclusiva donde todos tengan un lugar, se ha impregnado en México del espíritu de los Evangelios. Seguramente por esto se dice de él que es no sólo utópico sino ingenuo, impráctico, sin asideras firmes. De cualquier modo en ello está la diferencia. Y quizá por ello mismo hace presente el camino del Calvario. El movimiento de Sicilia, que no es de Sicilia en el sentido de que recoger la voz de los humillados y ofendidos, de aquellos que han per-

dido por la vía violenta parientes inocentes, que tienen familiares sin juicio en las prisiones mexicanas, no se detiene en la negación de las falsas democracias, en la exigencia de empleos, de educación para todos, de respeto a la dignidad esencial de los seres humanos como exigen los movimientos de los “indignados” europeos. Pide algo más profundo y radical: construir la vía hacia la Fraternidad, mantener vivo y actuante el Evangelio. El movimiento mexicano va más allá, también, de los islámicos porque en México desde el año 2000 se instauró la democracia formal; la lucha es, en todo caso, contra la dificultad de desatar todas las formas de corrupción amarradas por el partido que gobernó a México por más de setenta años y que instauró un estado de cosas donde las palabras iban por un lado y los hechos por otro, donde las prácticas más deleznable del capitalismo salvaje se practicaban con un lenguaje de izquierdas, donde se encarcelaba a izquierdistas al tiempo que se financiaban movimientos guerrilleros de la América Central y se festejaba en La Habana el espíritu revolucionario, donde criticar al gobierno por los estamentos intelectual y artístico era, finalmente, recompensado con creces, y donde los mismos beneficiados terminaban viviendo en la mala conciencia. Y ante esto, el partido actualmente en el poder, muy alejado de lo planteado por sus fundadores, terminó por dejar hacer y dejar pasar, conformándose con un cierto grado de transparencia en el manejo de los recursos públicos y con un manejo menos desaseado de los recursos públicos. En realidad, muy poca cosa. Confrontado por Sicilia, en diálogo público aceptado por las partes, el presidente Calderón reconoció todo lo que tenía que desatar de prácticas pasadas y que han entorpecido, sistemáticamente, sus

propósitos de hacer justicia, de frenar la impunidad y la corrupción.

El hecho es que el movimiento desencadenado por Sicilia ha surgido de la violencia. La violencia del asesinato de un inocente, el hijo del poeta. Y este poeta ni ha querido ni buscado puestos políticos sino que a lo largo de su existencia había venido construyendo una voluntad de servicio. Que movido por el dolor del hijo asesinado, ha llamado a todos los asesinados sus hijos y que en su deambular por la República Mexicana ha nombrado a la caravana la del consuelo, como si hubiese pasado a otros la conducción práctica del movimiento por él fundado, el de la Paz y la Justicia, que procura reunir a todas las organizaciones ciudadanas de México en un cuerpo superior que sea un espacio de compañía y de comunión para él reservarse el papel del consolador consolado, en comunión, por tanto, con los humillados y ofendidos.

Es significativo que el movimiento inspirado por Javier Sicilia se origine en una nación que nace a partir de un holocausto. Si no puede hablarse de México antes de la llegada de los españoles —el imperio mexica no era incluyente—, el surgimiento de México parte de un mestizaje progresivo que se gesta a partir de la aparición histórica de la Virgen de Guadalupe. Hay que recordar que la llegada de los españoles fue causa de la muerte de más de la mitad de la población del territorio conocido como Mesoamérica y que ese aniquilamiento se debió más que a la guerra a las epidemias. América había vivido al margen del resto del mundo, ni siquiera, y dentro del mismo continente, los grandes complejos culturales habían tenido relación entre sí. Los hallazgos científicos fueron todos autóctonos y las limitaciones tecnológicas se debían, en una medida importante, a que no



Antonio Saura, *Auto de fe*, 1986



Antonio Saura, *Crucifixión*, 1959-1960



Antonio Saura, *Auto de fe*, 1989

hubo comunicación ni con Europa, ni Asia, ni África que vivieron buena parte de su historia como civilizaciones interconectadas. América, en cambio, parasitó por milenios el aislamiento y la soledad. Así, cerca del corazón del imperio mexica, en la región de los tlaxcaltecas, pueblo desarrollado y belicoso, se padecía la periódica incursión de la civilización hegemónica que les arrebató mancebos y doncellas para alimentar, con su sangre, a los dioses. Hartos de los mexicas, los tlaxcaltecas se reunieron en asamblea en la que debatieron dos de los mayores señores, Xicoténcatl el viejo y su hijo Xicoténcatl el joven. Para el joven, los conquistadores eran el otro radical al que tenían que combatir sin tregua ni compasión, para el viejo, sin embargo, se trataba de una guerra perdida de antemano y más valía negociar. En efecto, en el alegato del viejo Xicoténcatl se decía que si esos hombres habían llegado con armas que mataban a distancia, en aquellas naves inmensas, con aquellas bestias, los caballos, que asolaban la tierra, si ellos, los tlaxcaltecas, los aniquilaban, llegarían más, muchísimos más contra los que estarían perdidos de antemano. Era necesario, alegó, negociar. El viejo ganó la polémica con un amplio consenso. Resultado: los tlaxcaltecas se aliaron a los españoles, derrotaron al imperio mexicano, lograron conservar sus apellidos indios, su territorio fue declarado república de indios donde los españoles tenían que someterse a sus designios —claro que sólo una vez bautizados católicos— y acabaron conquistando y gobernando buena parte del norte de lo que hoy es México. Y luego, en 1531, diez años apenas de la consumación de la Conquista, en un territorio donde la enorme mayoría vivía en el desconsuelo de la orfandad: sin dioses, sin rituales, destruida su mitología, sin líderes de los propios pueblos, se da el fenómeno de María de Guadalupe, la virgen cristiana, mestiza que se manifiesta ahí donde se adoraba a una diosa india, la señora de la compasión, la madre Tonantzin. Guadalupe la llamarían, a la postre, los españoles, como su virgen extremeña, esos

mismos españoles que combatieron su culto animados por los frailes mendicantes —franciscanos, dominicos, agustinos— que veían en el culto el retorno de una divinidad india, una artimaña de Satán que era necesario combatir. Pero el culto se extendió, creció en progresión geométrica, fue más allá del Valle de México, acabó ganando la voluntad de los españoles hasta que los habitantes de Mesoamérica vieron a los conquistadores postrarse ante ella. Las conversiones se fueron volviendo espontáneas y los hombres y mujeres de aquellas tierras dejaron de morir de tristeza, inconsolables. Y cuando llegaron los jesuitas, éstos, basados en el principio de analogía, impulsaron el culto a la María mexicana hasta que se dio un nuevo prodigio: los mesoamericanos se volvieron, ante todo, guadalupanos a un grado tal de que ha sido la imagen de la Virgen del Tepeyac la que ha acompañado las más importantes gestas en la historia de la nación. Con la imagen de la guadalupana como bandera, se hizo la guerra de Independencia, lucharon liberales y conservadores, partidarios de Maximiliano y de Juárez, las diversas facciones revolucionarias, el pueblo enfrentado al Estado que lanzó la persecución religiosa, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional... Y hay algo más: el *Nican Mopohua*, un relato del siglo XVI donde se narra la aparición, está escrito por un indio en un español, por un lado, puro y clásico pero un español que no es castellano pues es otra su musicalidad, otra su sonoridad, desplegando un modo de llamar las cosas extraño, desde la raíz, a la sensibilidad española. Dicho de otro modo, el *Nican Mopohua* es el primer texto de la literatura mexicana donde ningún español, aunque lo entienda sin dificultad, se podría encontrar.

Sin embargo, la historia de México se inicia con dos holocaustos que antecedieron a la presencia de la Virgen. Uno fue la matanza de Cholula, cuando Cortés sospechó que habría una asonada y ante la duda destruyó templos y gentes sembrando el terror. Luego fue la matanza del Templo Mayor cuando Alvarado, lugartenien-

te de Cortés, se quedó al frente del gobierno de la ciudad de Tenochtitlan, sede del imperio, y aterrorizado por los sonidos autóctonos que entendió como cánticos e himnos de guerra, aparte del horror de los sacrificios humanos que había presenciado a su llegada, ordenó, movido por el miedo, la destrucción de los ejércitos, de los templos, de los sacerdotes indios. En la guerra llamada, con alguna imprecisión, de Independencia porque lo fue más contra Napoleón y la España afrancesada, el líder Hidalgo, él mismo hijo de españoles, atrapado en el delirio de sus primeras victorias, con el ejército que formó de indios y mestizos ordenó el asalto a mansalva de los españoles y el festín sangriento concluiría cuando dio la orden a un torero que gozaba de popularidad de que ejecutara, como se ejecuta a los toros en la arena, con estoconazos certeros, a todos los prisioneros del ejército realista. Ni qué decir tiene que en la Revolución Mexicana no fue ajena a los holocaustos y a la crueldad, y se calcula, entre epidemias y muertos en batalla más las masacres de inmigrantes chinos inspirada por Pancho Villa —algunos de esos hombres de origen chino nacidos ya en territorio mexicano—, más de dos millones de muertos.

Pues bien, antes de volver al movimiento de Sicilia, que tanto tiene que ver, como ya dije, con los movimientos europeos de los “indignados” (es oportuno recordar el grito de Sicilia, “estamos hasta la madre”, una modalidad netamente mexicana de gritar “estamos hartos y hasta la coronilla”) es bueno reflexionar sobre las causas de la violencia en todos los tiempos y de la violencia de este siglo XXI. En primer lugar la violencia es connatural al ser humano porque éste es libre, porque no está hecho de una vez y para todas y porque tiene que construirse a sí mismo. Los seres humanos no somos iguales, y aparte de tener programaciones genéticas diferentes, somos de valía dispar, o sea, a un nivel objetivo unos valen más que otros aunque, potencialmente, seamos iguales en cuanto a dignidad. Esto se aplica a las personas singulares pero, también, a los conglomerados culturales y si no hay, en rigor, un pueblo sin cultura, abundan los que no desarrollaron una civilización aparte de que en el conjunto de las civilizaciones que la historia registra hay unas más complejas y productivas que otras. De aquí procede lo que la psicoanalista Eliana Amado Lévi-Valensi llamó las rivalidades primitivas: Caín asesina a Abel por celos; él, Caín, no le daba a Dios frutos podridos, pero tampoco lo mejor de su cosecha, en tanto que Abel, de una manera espontánea, le sacrificaba los mejores corderos. Generoso sin esfuerzo, espontáneamente, Abel derrocha simpatía y es graciosamente amado; a Caín, empero, todo le cuesta y las cosas no se le dan gratuitamente. El asesinato de Abel por Caín equivale a un grito del corazón, una sórdida protesta que acaba volviéndose la plegaria de un desesperado.

Y luego está la escasez —ora por la sequía o por fenómenos naturales destructivos— que propicia que pueblos enteros abandonen su territorio y se internen en tierra ajena con ánimo de conquista. Y si esos transerrados llegan en son de paz suele suceder lo que ya había advertido Ortega y Gasset cuando reflexionó así: “meta usted quinientos africanos en Castellón de la Plana y seguramente serán bien recibidos, se interesarán por sus costumbres, por su arte, por su gastronomía; pero si mete usted cinco mil será la guerra civil”.

Hay que añadir que aceptar las propias limitaciones es un ejercicio de vida; que caer en la cuenta de que cada quien es, potencialmente, ilimitado en la limitación de sus orillas, es consecuencia de un arte de vivir que no se nos da de balde, que se cuece en el dolor y la soledad y que la tendencia que suele imponerse es la de negar la realidad. No hay cultura humana que haya carecido de representación, como no hay ser humano que no busque sus vías de evasión, la búsqueda de desarrollar otras existencias a través del teatro, de la novela, del cinematógrafo y aun de la radio y la televisión. Sucede que el otro es un *a priori* del yo y que llegar al yo, a la conciencia de sí, de ese yo que se transforma —no soy el que fui como no puedo bañarme dos veces en las mismas aguas de un mismo río—, de modo que vivir es resignarse a que uno va siendo, imperceptiblemente, otro, que es necesario sacudirse la inercia con harta frecuencia porque pretender obligarse a seguir siendo lo que ya no se es suele derivar en agresividad, en una imparable tendencia a la represión, al aniquilamiento de los demás. Y esto que pasa con el individuo pasa, también, con las comunidades culturales.

Pues bien, a todos esos desenganchadores de la violencia hay que añadir el paso del tiempo, la historia que ahora es, nos guste o no, planetaria. Cada vez será más difícil hablar de literaturas y cinematografías nacionales y cada vez será mayor la carga del pasado. No es lo mismo ser un pintor en los tiempos de Leonardo que ahora; un novelista en los de Cervantes que hoy; un músico cuando ya pasaron Bach y Corelli, Mozart y Haydn, Beethoven, Verdi y Wagner, Bruckner, Stravinski, Bartók... Pasaron Sócrates, Platón, Aristóteles, Lao Tsé, Confucio, Shankara, Agustín y Tomás de Aquino, Kant, Hegel, Wittgenstein... Pasaron Marx y Freud y la época revolucionaria planetaria se vino abajo con la caída del muro de Berlín. El Reino que anunciara El Cristo lo podemos hacer al interior de nosotros mismos, en agonía dentro de la propia y próxima comunidad, pero el mundo contemporáneo es la negación de la caridad evangélica. Sumidos en la anomia, la mayoría de los seres humanos al llegar a cierta edad se siente aplastada y crecen en progresión geométrica la depresión, los suicidios, los abortos y la eutanasia. ¿Quién quiere vivir su propia muerte si no ha podido vivir provechosamente

su existencia? Los mensajes de los políticos se han gastado y para creer en su palabra se necesitaría un derroche de mala conciencia.

Sucede, por otra parte, que muchos de estos movimientos de refundación social tienen una tendencia a lo imposible: negar la tecnología, retornar a la vida arcaica para dar lugar a un genuino tejido social, vivir a la manera de un Gandhi o de un Lanza del Vasto. Concienciar que eliminar la pobreza del mundo exige que todos seamos pobres. Se olvida entonces, ¡ay!, que cambiar es necesario para el ser humano: en su existencia singular, en su existencia colectiva. Los regímenes totalitarios, enemigos del cambio, encanallaron la existencia de manera que en ellos para obtener una mejoría en la condición social orillaron a los súbditos a la abyección y el sometimiento. Desarrollar iniciativas y, sobre todo, la construcción de sí, autodeterminarse es fundamental para la afirmación de la existencia porque hay en el hombre, en todos los hombres, el impulso uliseico o exploratorio, que es incontenible en los seres humanos de calidad. Permanecer siendo el mismo, los mismos, es destructivo: en México, los tarahumaras, tzeltales y otros pueblos que quisieron permanecer siendo ellos, que se negaron a integrarse, fueron conociendo procesos de degradación o de casi extinción. Sabemos que en no pocos pueblos del territorio chiapaneco los hombres pueden vender a las mujeres exactamente igual como los pueblos mesoamericanos practicaban sacrificios humanos y antropofagia, prácticas a las que puso fin la dominación española. El precio que se pagó fue alto pero significó un grado superior de humanización. Hoy mismo tenemos pueblos africanos donde se ejerce con el consenso general la castración de las mujeres y un aberrante sometimiento de la mujer al hombre en no pocas comunidades islámicas. El respeto irrestricto a los usos y costumbres no es, en esencia e invariablemente, una actitud positiva. En esos mismos pueblos no faltan los que quieren transformarlos y es a ellos, pienso, a los que hay que apoyar; son ellos, de hecho, los que deben de ejecutar los cambios. Volver atrás, por otra parte, es imposible. Con los miles de millones de personas que hoy constituyen la humanidad pretender restaurar las comunidades primitivas es un fuera de lugar, ni siquiera una utopía por su radical imposibilidad.

En fin, ¿cuál sería la diferencia radical y el encuentro del movimiento que inspira Javier Sicilia en México con los movimientos de los “indignados” europeos?

En rigor, la diferencia es que el movimiento mexicano tiene un insobornable fondo cristiano. Sicilia, que se encuentra en lo personal con no pocos ecologistas radicales, con aquellos que han defendido el regreso a la pequeña comunidad sustentable, ha sabido distinguir sus sueños más queridos de aquello que lo hermana con la mayoría, condena una y otra vez la violencia y su inten-

ción es reunir a todas las organizaciones ciudadanas en lo que tienen en común evitando aquello que pueda incitar a la discordia; busca centrar a todos en la caridad y en el servicio de modo que de ahí se vaya presionando para la edificación de la justicia y de la paz. No ha pretendido, por tanto, unir a todos en objetivos para él deseables, esos que parten del pensamiento social de Iván Illich, que arraigan en el cristianismo tolstoiano, en El Arca de Lanza del Vasto. Hay en esta actitud un fondo de respeto al otro, de raigambre democrática, de fe en el interior de la criatura humana donde ésta puede hallar los Trascendentales del Ser, de confianza plena en la alegría que la Encarnación y la Redención han dejado sembrada en el alma del cristiano. De natural colérico, con un cierto fondo de intolerancia, acaso de fanatismo que ha domeñado por amor a Jesús, Sicilia ha venido recorriendo México llevando el consuelo, dejándose consolar, llorando con quienes se le han acercado, porque no tienen a nadie, para llorar en su regazo. La fe de Javier es igualmente distante a la de aquellos jesuitas que facilitaron el camino a los cristianos negando la puerta estrecha, ganando así la cercanía de los poderosos para hacer la podredumbre menos hedionda, que a la de Pascal y Port Royal que terminaba por desvirtuar al Dios misericordioso que conocimos por la palabra y las obras de Jesús de Nazaret, pues quien me ha visto a mí ha visto al Padre. Por lo demás, el movimiento expresa, como los europeos, una crítica a un economicismo que desdeña a los jóvenes, a los ancianos, a los menos fuertes, a los débiles; un imperio del mercado y del libre juego financiero que privilegia al capital sobre el trabajo. Sin embargo, hay también una impronta humanista en el movimiento de Sicilia —habla con poesía, desde la poesía y lleva poemas entrañables a la plaza pública—, un acento en la necesidad de la renuncia, del sacrificio por los otros que no advierto en Europa ni en los movimientos del Medio Oriente. A veces los “indignados” europeos parecen clamar por una integración a la sociedad consumista, dicho de otro modo, formar parte ahí de donde han sido excluidos.

¿Es posible, me pregunto, sin la Fe, que prospere un movimiento con tales características? Creo que los pobres no contaminados aún por los medios de comunicación y una educación pragmática son los que en verdad han entendido la Marcha del Consuelo. Los poderosos una y otra vez buscan usarla para otros fines, hablan de ingenuidad, de falta de sentido práctico, insisten en que grupos con intereses distantes a los del poeta están usando y seguirán usando a Javier para fines ajenos a los que dieron luz al movimiento. La historia, por otra parte, nos habla de la Crucifixión, nos recuerda que Gandhi fue inmolado, que Havel y Walesa no pudieron llevar a buen recaudo sus propuestas de regeneración del tejido social; la historia nos hace presente la perversión que se

operó en Mao, en los sandinistas, en Fidel Castro, en Aristide. A los cristianos nos remite al pecado original, nos recuerda que el Reino no es de este mundo, que es necesario luchar por la construcción del Reino a sabiendas de que no se hará en esta baja Tierra. El cristiano tendría que dar testimonio y luchar para que no desaparezcan los valores superiores aun en contra de toda esperanza.

El caso es que lo que sucede hoy es apremiante: si muchos experimentan el silencio de Dios que los empuja a la más radical irreligiosidad, muchos otros, y cada vez son más, prescinden de Dios atrapados en el utilitarismo a tal grado que la autenticidad y la coherencia, el sentimiento del honor los perciben como disvalores, relativizando el valor mismo de la vida; el narcisismo, acendrado en ellos, ha hecho que el aborto y la eutanasia sean vividos como opciones que todos deben, en su caso, considerar. Y, después de todo, si no hay Dios, si, por tanto, no se puede afirmar que lo que no está unido desde un principio no lo estará nunca, ¿qué difícil que el hombre medio piense que el que pierde su vida la ganará y que quien la gana la perderá! Sucede que sólo desde esta convicción sería posible, pienso, la refundación de la humanidad.

La fe del pueblo joven es hoy una falacia. Los dos millones y medio de mexicanos muertos en la Revolución no mejoraron la suerte de los que sobrevivieron y sus

descendientes; lo mismo, aunque en una medida mucho menor, sucedió con los que sobrevivieron a las guerras del siglo xx, las mundiales, las llamadas de liberación... Y ahora cuando las diferencias se han venido borrando, sobrevienen las querellas regionalistas como si el ser humano necesitara inventarse la esperanza desde una mala fe, una mala conciencia de fondo que no está dispuesto siquiera a analizar. En este año hemos asistido a las masacres de Libia, de la Palestina sometida a actos de barbarie e intransigencia de israelíes y palestinos, mientras persisten hambre e injusticias diversas en África y en la América Latina. La grandeza de los chinos se construye sobre la opresión de los chinos y en nombre del progreso un sinnúmero de hindúes inician el juego de espejos de las ilusiones de la modernidad. Despojados de una cultura humanista, la violencia y los paraísos artificiales se apoderan de los norteamericanos que han dejado de creer que tienen algo que hacer en esta Tierra, exactamente igual como aconteciera a los romanos hace más o menos dos mil años.

Concluyo: la primera novela de Javier Sicilia se intitula *El Bautista*, aquél cuya voz clamaba en el desierto. Eso hace ahora Javier, como si la escritura de aquella novela fuera una premonición de lo que le estaba deparado y que ha asumido por un deber desde el amor a su hijo asesinado y desde el cual ha encontrado a todas las víctimas de este mundo. **U**



Antonio Saura, *Crucifixión*, 1962